



# Posfascismo

La acepción correcta, aunque maldita

*Gazsi, el filósofo que anunció el Posfascismo*

PAU HERNÁNDEZ DELGADO

Monografías de Tiempo Devorado, nº 3, 2026

62 páginas



El término posfascismo, tal como lo maneja Gáspár Miklós Támás en sus escritos, tiene algo —bastante— de maldito para todos aquellos teóricos y académicos que hasta hace poco encontraban dificultades en identificar la esencia del fascismo en la vida política, en apariencia liberal-democrática, del orbe occidental triunfador de la Guerra Fría posterior a 1991. Eso no se podía aceptar porque en la construcción de la globalización liberal estaban comprometidos todo tipo de tendencias políticas —incluida la socialdemocracia e incluso formas de post izquierdismo populista— y, por ello, se aceptaban las reglas implícitas del pensamiento único, con fuerte carga de

autocensura políticamente correcta. De ahí que la propuesta original de Tamás se diluyera hasta perder toda su fuerza transgresora.

Así, el posfascismo no sería sino un estadio más en la evolución del fascismo histórico, entendido como conjunto de partidos y movimientos fascistas, reconocibles como tales, pero que, llegado el caso, habrían decidido “democratizarse”, “camuflarse”, acceder a la lid parlamentaria, renunciar a la parafernalia paramilitar y enfundarse traje con su correspondiente corbata.

Sin embargo, la propuesta de Támás era más radical, desde luego, pero también más realista. Por eso, cuando el fenómeno eclosionó a lo largo de los años centrales del siglo XXI, cien años después de la aparición del fascismo clásico, continuó la resistencia a aceptarlo. No: las bolsas de minorías étnicas o nacionales etiquetadas como “no ciudadanos” en Letonia, Estonia o los “borrados” de Eslovenia, personas desposeídas de derechos civiles desde la proclamación de las nuevas independencias en 1991, no eran manifestaciones de posfascismo. Eran países miembros de la Unión Europea, no era de buen tono aludir a estas enojosas cuestiones. ¿Qué decir de las leyes eugenésicas vigentes en Suecia entre 1935 y 1975 —aprobadas en el Parlamento— que se saldaron con 63.000 esterilizaciones y 4.500 lobotomías, muchas de ellas practicadas entre población gitana. ¿Era esto posfascismo? Silencio y pasando página. No: el sistema político israelí, postfascista a partir de la perpetuación del Likud en el poder, no había terminado por generar, en torno a Netanyahu, un régimen político fascista en un sentido clásico, el primero y más inconfundible de la nueva oleada del siglo XXI. No: el presidente Donald Trump no era un político postfascista, dado que no había abolido los elementos constituyentes de la vigorosa democracia estadounidense. Era, sencillamente, un político “populista”, aunque un tanto subido de tono.

La confusión se acentuaba porque en algunos casos el peligro parecía ceder ante la resistencia en las urnas o los tribunales: el caso de Bolsonaro. O bien el nazismo o el fascismo se manifestaban claramente, eclipsando a los fenómenos postfascistas del entorno político: tal el retorno de la ultraderecha armada en Ucrania, los banderistas, los neonazis de Azov; esos sí eran fascistas; no así el presidente Zelenski y su entorno, todos ellos rigurosamente postfascistas.

Por lo tanto, En *Gazsi, el filósofo que anunció el Posfascismo* Pau Hernández viene a llenar un hueco importante al diseccionar en las páginas de su libro la etiología del posfascismo a partir de la obra y pensamiento del pensador húngaro transilvano Gáspár Miklós Tamás, uno de los intelectuales europeos más lúcidos —y menos difundidos en el ámbito hispanohablante— básico para comprender la crisis de la democracia liberal en el siglo XXI. El volumen no es una biografía convencional ni un ensayo interpretativo al uso, sino una selección comentada de textos clave de Tamás, organizada con una clara intención historiográfica y política

El libro se articula en torno a un concepto central: el posfascismo, formulado por Tamás ya hacia finales del siglo XX para describir un fenómeno histórico nuevo, surgido tras el final de la Guerra Fría. A diferencia del fascismo clásico o del neofascismo de posguerra, el posfascismo no se presenta como un movimiento antisistema ni como una ruptura violenta del orden democrático, sino como una deriva interna del propio sistema liberal, plenamente compatible con la democracia electoral, el capitalismo global y el lenguaje de los derechos formales.

Uno de los mayores aciertos del libro es mostrar que, en la lectura de Tamás, el posfascismo no es patrimonio exclusivo, ni mucho menos, de la ultraderecha. Al contrario, permea a gobiernos de centro, a políticas neoliberales y a discursos aparentemente moderados: gestión securitaria de la inmigración, erosión del estado del bienestar, biopolítica del miedo, militarización encubierta y normalización de la exclusión social. En este sentido, la obra se aleja del uso inflacionario del término “fascismo” como insulto retórico y lo recupera como herramienta analítica precisa, capaz de detectar continuidades profundas allí donde las formas externas parecen democráticas.

El recorrido biográfico incluido —desde la infancia de Tamás como miembro de minorías perseguidas en la Rumanía de Ceaușescu hasta su evolución desde la disidencia liberal al marxismo heterodoxo— no cumple una función meramente contextual, sino que ilumina el lugar desde el que piensa: el de quien analiza la política desde las víctimas del poder, no desde sus instituciones. Esta sensibilidad atraviesa toda la selección textual y refuerza el carácter moral y político de su crítica.

Queda añadir a esta reseña un breve confrontación entre las interpretaciones de Gáspár Miklós Tamás y Enzo Traverso sobre ese concepto que está detrás de deriva autoritaria de las democracias actuales. Tamás entiende el posfascismo como una categoría filosófica que describe un estado estructural del capitalismo contemporáneo, compatible con la democracia electoral, basado en la ruptura entre ciudadanía y humanidad y en nuevas formas de exclusión. Traverso, en cambio, adopta un enfoque histórico-cultural, habla de mutaciones del fascismo en plural y analiza continuidades simbólicas sin identificar directamente a la extrema derecha actual con el fascismo clásico.

La principal diferencia radica en el papel de la izquierda: Tamás mantiene una visión pesimista y casi terminal, mientras que Traverso introduce la “melancolía” como memoria crítica que aún permite pensar una recomposición. Metodológicamente, Tamás propone un concepto totalizante y de denuncia, y Traverso un análisis más comparado y contextual. Ambos coinciden en que la extrema derecha no es externa al sistema, sino un producto interno de la democracia liberal, que ya no se destruye desde fuera, sino que se vacía desde dentro.

### MISCELÁNEA 3

En términos metodológicos, el contraste es igualmente claro. Tamás, filósofo político, construye un concepto-alarma, deliberadamente provocador, que busca nombrar lo que las democracias prefieren no ver. Traverso, historiador, procede con mayor cautela tipológica: su escritura rehúye las categorías totalizantes y privilegia el análisis comparado, el estudio de genealogías y la atención a los contextos nacionales.

En conclusión, la lectura del monográfico Gajsi, el filósofo que anunció el Posfascismo gana profundidad cuando se la pone en diálogo con Enzo Traverso. Tamás aporta la radicalidad conceptual y la denuncia filosófica de una ciudadanía convertida en privilegio; Traverso ofrece el espesor histórico y la cartografía cultural de las derechas mutantes. Juntos, permiten comprender que el problema del presente no es un “retorno” del fascismo, sino algo más inquietante: su supervivencia transformada en el corazón mismo de la democracia liberal .